



El narrador no nos marca ni el tiempo ni el espacio, lo que nos lleva a afirmar que seguimos **en el mismo lugar y con los mismos testigos**. Este episodio es propio de Lucas.

El está preocupado del buen uso de los bienes materiales. Y encuentra frecuentes ocasiones en todo su evangelio para poner en guardia a su iglesia - y también a nuestras iglesias y comunidades de hoy- del **peligro de los bienes y de la necesidad del compartir**. Es otra catequesis esencial del "camino".

13-15 *En aquel tiempo, dijo uno del público a Jesús: "Maestro, di a mi hermano que reparta la herencia conmigo." El le respondió: "¡Hombre! ¿Quién me ha constituido juez o repartidor entre vosotros?" Y les dijo: "Mirad y guardaos de toda codicia, porque, aun en*

la abundancia, la vida de uno no está asegurada por sus bienes."

Las recomendaciones que Jesús ha venido haciendo a sus **"discípulos"** se ven interrumpidas por alguien que se acerca a Jesús para **pedirle su intervención en una disputa familiar sobre cuestiones de herencia**.

Era frecuente en tiempo de Jesús que los doctores de la ley asumieran el papel de jueces en casos similares. Según las tradiciones jurídicas judías, **el hijo mayor de la familia** de dos hermanos recibía los dos tercios de las posesiones paternas. El que le pide a Jesús que intervenga es probablemente **el hermano más joven** que no ha debido recibir nada de la herencia.

La contestación de Jesús le muestra claramente que él no ha venido a dirimir cuestiones legales cuya resolución compete a los maestros del judaísmo (los rabinos de la época). Lo que se necesita no es, precisamente, una resolución casuística por parte de un "maestro", sino una **convicción personal** de que la raíz de las desavenencias en el seno de la familia es, concretamente, la ambición de cada individuo.

Parece que Jesús no ha visto buena intención en su interlocutor. Puede que le haya leído el pensamiento, ya que acto seguido hace una declaración sobre la **avaricia**. Lo verdaderamente importante es ser, no tener; lo que cuenta en la vida cristiana es escuchar la palabra de Dios y ponerla en práctica, y no precisamente vivir en una abundancia confortable y despreocupada. Nadie debe hacer que dependa su vida de la riqueza y no del Padre común, pues **el dinero puede hacer que los hermanos se conviertan en competidores**.

Para Lucas este deseo de avaricia es otra cara de la idolatría, que no hace la vida más segura ni colma las aspiraciones profundas, ni lleva a la auténtica madurez existencial de la persona. Y no solo se manifiesta en las disputas familiares por cuestiones de herencia, sino también en **la desmedida ambición por procurarse mucho más de lo necesario**. Para ilustrar este punto nos narra el evangelio la parábola que sigue.

16-21 *Les dijo una parábola: "Los campos de cierto hombre rico dieron mucho fruto; y pensaba entre sí, diciendo: ¿Qué haré, pues no tengo donde reunir mi cosecha? Y dijo: Voy a hacer esto: Voy a demoler mis graneros, y edificaré otros más grandes y reuniré allí todo mi trigo y mis bienes, y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes en reserva para muchos años. Descansa, come, bebe, banquetea." Pero Dios le dijo: "¡Necio! esta misma noche te reclamarán el alma; las cosas que preparaste, ¿para quién serán?" Así es el que atesora riquezas para sí, y no se enriquece en orden a Dios.*

Damos un salto de la vida real a la ficticia cuando Jesús pone como ejemplo negativo la actitud de un terrateniente galileo.

El rico del cuento, -afirma **Schökel-**, es un buen ejemplo de confianza en las riquezas. En su monólogo se delata. Su ideal de vida es comer y beber y disfrutar; espera "muchos años" de vida; ha "trabajado" y ahora puede "descansar"; ha acumulado y puede vivir de rentas. Su horizonte es esta vida. Al monólogo responde Dios mismo: **esa filosofía de la vida es insensata**. El rico tiene la vida en préstamo y está venciendo el plazo de restituirla. La muerte devuelve el sentido a la vida.

En esta línea **Agustín George** -mi querido y sabio maestro- va a más. La parábola es un ejemplo que nos muestra **lo que hay que hacer ante el hecho**

incuestionable de la muerte. ¿Nos llevamos todo lo que hemos acaparado para arriba? La parábola es la situación de cualquier rico ante la muerte.

Llegará un día en el que habrá que rendir cuentas de la conducta de cada cual por encima de todas las previsiones para incrementar al máximo el propio bienestar físico. **Y aquí entramos todos**, porque "todos" podemos comportarnos como verdaderos insensatos a los ojos de Dios.

El sentido fundamental de la vida no consiste en amontonar bienes "para sí mismo" sino estar abiertos a la gratuidad y al compartir. La laboriosidad de este hombre no es criticada, lo que se pone en tela de juicio es la reiteración de **los pronombres personales**: *mis* productos, *mis* graneros, *mis* bienes. En

sus pensamientos **nunca han entrado los otros, ni se ha vuelto a Dios para agradecer su fortuna.**

La vida solo está en manos de Dios y sólo Él puede asegurarla. **La riqueza no es un seguro de vida.**

VIVO RETRATO DE LO QUE NOS SUCEDE

Qué bien describe la parábola el mundo interior del que **está atrapado por la riqueza**. Sea mucha o poca, pero atrapado. Ni piensa en los demás, ni se acerca humilde a Dios para darle las gracias por los bienes recibidos. **Sólo se preocupa de sí mismo**, no se plantea lo que, desde su posición, puede hacer por los demás. Le obsesiona el futuro y solo hace que **acumular, almacenar, guardar**. Cree tener el futuro ya asegurado, como si la vida dependiera de los bienes. Y organiza su vida solo para el disfrute, el comer, el beber, y el placer a todo plan. Al final todo es inútil porque muere. **Y muere “de noche”**. Detalle importante, porque una persona que vive de esa manera no pertenece a la luz sino a las tinieblas. Toda una vida mirándose a sí mismo resulta ser un mundo oscuro y tenebroso. Nunca ha brillado **la luz del compartir, de la solidaridad, del abandono confiado en Dios**, que hace “salir el sol” sobre buenos y malos.

Pobrecito, nada más que tenía dinero, dijeron algunos, cuando lo enterraron. Muchos se llevan la vida amasando y acaparando riquezas...para tener **“más calidad de vida”** (¿dónde está la calidad, en el ser o en el tener?) y **“para los hijos”** (ya lo fundirán creyéndose merecedores) Es fácil caer en la trampa del “tanto tienes tanto vales”.

Hace poco el **papa Francisco** nos decía, en sus sabrosos comentarios de su misa diaria, que nunca ha visto **un féretro con un camión de mudanza detrás**.

Jesús nos dice hoy que sólo salva la vida el que es rico ante Dios. La riqueza de la que habla no es una cuenta corriente en un banco, sino una **cuenta corriente en el corazón**, hecha de bondad, solidaridad, justicia, comprensión, compasión, perdón, amistad, paz, sacrificio, renuncia, amor... **Estas son las monedas que cuentan ante Dios.**

LA CODICIA TRAJÓ LA CRISIS

El **Papa Francisco** en su Exhortación Evangelii Gaudium nos lo dice bien claro cuando nos habla de los Desafíos del mundo actual (n. 53-75). Entresaco algunos párrafos. El subrayado es mío.

53. Así como el mandamiento de «no matar» pone un límite claro para asegurar el valor de la vida humana, hoy tenemos que decir «no a una economía de la exclusión y la inequidad». **Esa economía mata**. No puede ser que no sea noticia que muere de frío un anciano en situación de calle y que sí lo sea una caída de dos puntos en la bolsa. **Eso es exclusión**. No se puede tolerar más que se tire comida cuando hay gente que pasa hambre. **Eso es inequidad**. Hoy todo entra dentro del juego de la competitividad y de la ley del más fuerte, donde el poderoso se come al más débil. Como consecuencia de esta situación, **grandes masas de la población** se ven excluidas y marginadas: sin trabajo, sin horizontes, sin salida. Se considera al ser humano en sí mismo como un bien de consumo, que se puede usar y luego tirar. Hemos dado inicio a **la cultura del «descarte»** que, además, se promueve.

54. ... Para poder sostener un estilo de vida que excluye a otros, o para poder entusiasmarse con ese ideal egoísta, se ha desarrollado una **globalización de la indiferencia**. Casi sin advertirlo, nos volvemos incapaces de compadecernos ante los clamores de los otros, ya no lloramos ante el drama de los demás ni nos interesa cuidarlos, como si todo fuera una responsabilidad ajena que no nos incumbe. La cultura del bienestar nos anestesia y perdemos la calma si el mercado ofrece algo que todavía no hemos comprado, mientras todas esas **vidas truncadas** por falta de posibilidades nos parecen un mero espectáculo que **de ninguna manera nos altera**.

55. Una de **las causas de esta situación** se encuentra en la relación que hemos establecido con el dinero, ya que aceptamos pacíficamente su predominio sobre nosotros y nuestras sociedades. La crisis financiera que atravesamos nos hace olvidar que en su origen hay una profunda crisis antropológica: **¡la negación de la primacía del ser humano!** Hemos creado nuevos ídolos. La adoración del antiguo becerro de oro (cf. Ex 32,1-35) ha encontrado una versión nueva y despiadada en el **fetichismo del dinero** y en la dictadura de la economía sin un rostro y sin un objetivo verdaderamente humano. La crisis mundial que afecta a las finanzas y a la economía pone de manifiesto sus desequilibrios y, sobre todo, la grave carencia de su orientación antropológica que reduce al ser humano a una sola de sus necesidades: **el consumo**.

56. Mientras las ganancias de unos pocos crecen exponencialmente, las de la mayoría se quedan cada vez más lejos del bienestar de esa minoría feliz. Este desequilibrio proviene de ideologías que defienden **la autonomía absoluta de los mercados y la especulación financiera**.

(...) El afán de poder y de tener no conoce límites. En este sistema, que tiende a fagocitarlo todo en orden a acrecentar beneficios, cualquier cosa que sea frágil, como **el medio ambiente**, queda indefensa ante los intereses del mercado divinizado, convertidos en regla absoluta.